

tumba, al recuerdo de Lázaro, muy abundantes y amorosas lágrimas?

Mas en las aficciones, en las tristezas, lo que desagrada á Dios, lo que ante su Majestad es siempre una imperfección, á lo menos cuando por falta de advertencia no es un pecado, es el exceso en el dolor, porque el exceso siempre nos acusa de buscarnos á nosotros mismos, y de poner nuestro gozo y nuestro fin en las criaturas, no descansando bastante en Aquel que sólo es nuestro fin y bien supremo. Y así, pecado ó imperfección, el excesivo dolor de Liduvina desagradó al Señor, y su Majestad se retiró, y quitó á la virgen á quien tanto había privilegiado, las gracias extraordinarias, las divinas consolaciones, los arrobamientos y los éxtasis, todos esos favores de un orden sobrenatural, que suponen en una alma y reclaman en ella para recibirlos, una virtud y un ánimo superior á las comunes debilidades de la naturaleza.

Por otra parte, y no lo olvidemos, hasta en sus rigores Dios escucha más su misericordia que su justicia; y se encuentra más inclinado á amarnos que á castigarnos, y así, mortificando á la virgen que quería conducirla á un grado más elevado de perfección; quería no solamente humillarla para precaverla del orgullo, y probarla para ponerla en el camino de una más brillante gloria; pero además, y sobre todo, que le imitase más y le fuese en todo más semejante. Es cierto que ya según la admirable expresión de uno de sus historiadores, la santa se había formado como un dulce nido en la cruz, y un delicioso lecho de reposo en las llagas del Amado, mas esto no era bastante. Jesús quería que fuese á su ejemplo, abandonada y despojada de todo cuanto poseía. Su Majestad no dejaba de tratarla en esto como á hija predilecta.

Entre tanto, Liduvina seguía en su aficción, sus desolaciones habían tomado un caracter más alarmante, cuando las sequedades y aridez espiritual habían venido, cuando los éxtasis habían cesado y el dulce ángel no había vuelto, estas privaciones cuya verdadera causa no sentía ó no buscaba, no hacían mas que aumentar su dolor, y aunque no se quejaba ni murmuraba, pero estaba más inconsolable; y así iban pasando los días, y las semanas y aún meses enteros.

Pero al fin Dios tuvo compasión de su esposa, y así como nos envía sus advertencias, ya sea secretamente ó al descubierto, así le envió una á la santa, tan saludable y maravillosa, que no podemos dejar de referirla en todos sus detalles, aunque esta narración nos obliga á remontar más alto.

Oh y cuántas dulces alegrías! cuántas gracias tan preciosas perdemos á cada paso, por la mucha inquietud de que nos dejamos llevar hasta en las cosas más legítimas!

CAPITULO XXI.

LA ADVERTENCIA.

Vocación extraordinaria sometida á Liduvina.—El Obispo peregrino, á través de los desiertos de la Tebaida.—Una celda sobre un árbol.—Gerardo el Solitario.—El Obispo marcha á Squidam.—Lo que fueron para la virgen estas solas palabras. «Vos estáis muy desolada!»

MUCHOS años, pues, antes de los acontecimientos de que hablamos, un joven de Colonia, llamado Gerardo,

vino á visitar á Liduvina: yo he emprendido este largo viaje, le dijo, solo con el fin de pedir os un consejo: Hace mucho tiempo que me siento interiormente apremiado á abrazar la vida de los anacoretas; mas vacilo en dejar mi familia, mi patria y toda humana sociedad, para ir á sepultarme lejos de los hombres en una horrorosa soledad, y en una desnudéz absoluta de todas las cosas necesarias á la vida, no es esto lo que me espanta; sino el que tal vez ello sea tentar á Dios. Vé allí el temor que me detiene: yo he reflexionado, he orado, y me he valido de cuantos medios estaban á mi alcance para conocer la divina voluntad, ó para alejar de mí éste espantoso pensamiento, pero nada ha podido distraerme de él, antes siento y oigo que me apremia á toda hora. ¿Es pues ilusión ó llamamiento divino? Es presunción y orgullo, ó vacación real? Oh Liduvina, vos á quien he venido á consultar desde tan lejos, vos á quien el espíritu de Dios anima, alumbradme, dirigid mi inexperiencia!—Hermano mio, contestó la santa sin la menor vacilación y con tono inspirado, (porque al verle, súbitamente iluminada con las luces de lo alto, había sentido una inexplicable alegría, adivinando en él un verdadero hermano según Jesucristo.)—Hermano mio, arrojad vuestros temores y no vacileis, vuestro propósito viene de Dios, y debéis seguirle sin temor. Id, entrad al desierto, y sed fiel á la gracia, esta es una vocación de predilección muy rara, á la cual no conviene creer ligeramente, mas la vuestra está marcada con el sello de Dios; id pues adelante. Esta vida de soledad, de oración y de renunciación, es siempre una vida preciosa para vos por los méritos que os conquistará y preciosa para el mundo mismo que habeis dejado, por las gracias y los socorros que le obtendrá. Id pues!

Rudas pruebas os esperan; mas no temais, que Dios está con vos!

Pues en la época de las desolaciones de nuestra virgen un Obispo inglés, recorría como peregrino las comarcas del Oriente; ya había visitado á Belen, Nazareth, Jerusalén y el Calvario, tierra de inenarrables prodigios, que había besado con tanto amor! Después había querido ver también los desiertos en que tan grandes cosas se habían cumplido entre Dios y los hombres; las arenas que habían hollado las innumerables legiones del pueblo de Dios, la roca de Horeb que Moisés había herido con su vara, el monte Sinai mostrando aún sobre su cumbre calcinada las huellas de los relámpagos y de los rayos, en los cuales Jehová había proclamado el Decálogo, y los valles de Farán en donde Israel extendía sus tiendas al derredor del Arca, y las áridas llanuras en las que cada mañana recogía el maná que descendía del cielo.... inmensas y misteriosas soledades que habían visto tantas maravillas y que parecían aún llenas de respeto é inmovilidad después que la voz del Eterno había allí resonado.

Mas el Obispo peregrino avanzaba siempre; ya tocaba al Egipto que atravesaba casi sin ver sus monumentos espléndidos, y en fin saludaba la Tebáida! Tierra santa también; tierra en otro tiempo más rica en escogidos que las praderas en ricas flores! y regada con tan santas lágrimas, cuyos ecos habían oido tantos gemidos, y repetido tan inefables cánticos! tierra de la que habían subido hacia el cielo tantas oraciones para volver á bajar sobre el mundo en bendiciones que le transformasen, y sobre la cual Dios tantas veces pareció inclinarse con su amor como para abrazar á sus amigos!

El Obispo, pues, en esos desiertos de la Tebáida, se-

guido de los sirvientes que le escoltaban, iba escudriñando cada lugar, interrogando cada gruta, evocando sus recuerdos, entregándose á sus emociones; le parecía ver levantarse y pasar delante de sí todos esos ángeles de la soledad, y pasar hijos de san Antonio que habían poblado esos lugares tan terribles é imponentes en donde el alma se sentía como envuelta en la infinita majestad de Dios!

Un dia se internó mucho en uno de esos desiertos mas horrorosos, y llegó allí á perderse; como anduviese errante buscando el camino, percibió á los lejos en la inmensidad de este oceano de arenas ó de rocas desnudas un árbol cuya rica verdura contrastaba con toda aquella aridez. Acercóse queriendo verle de cerca: era en efecto un árbol magnífico, en el que causando asombro, descubrió al través del follaje una celda que parecía estar habitada! Su primer movimiento fué de terror, mas sin embargo, al punto recobrando su sangre fría, clamó: "Quién quiera que seáis, habitante de esta celda, á nombre de Dios respondedme. A esas palabras la puerta se abrió, y se dejó ver un hombre. Los peregrinos dieron un grito, pues aquel hombre parecía un ángel: jamás habían visto nada tan arrobador, sobre ese rostro y en aquella mirada había algo de los esplendores del cielo. "¿Quién, pues, sois vos, le dijo en fin el Obispo: ángel ó mortal decidnos quién vos sois?—No soy mas que un pobre anacoreta: mi nombre es Gerardo, nací en Alemania, mas Jesucristo me ha enseñado que el cielo es mi verdadera patria; rogad á Dios que me conceda pronto llegar allá!—¿Y cuánto tiempo ha, continuó el Obispo, que vivís en estos lugares?—Hace mas de diez y siete años.—A lo menos algunos os habrán visitado?—Jamás, desde que estoy aquí, pues vosotros sois los

primeros mortales á quienes he visto. . . . ¿Más cómo y de qué podeis vivir en este horroroso desierto, en donde en vano se busca alguna señal de vegetación?—No obstante, yo vivo, pues Aquel que en otro tiempo en un desierto semejante pudo alimentar á los hijos de Israel, puede muy bien ahora nutrir á su indigno siervo.—Sí, sin duda, mas qué alimento os dá?—Me dá un pan delicioso, un alimento celestial, que es el pan de la divina gracia.—Cómo! vivireis pues vos sin tener necesidad de alimentos materiales? vos seireis ciertamente el único mortal así privilegiado aquí en la tierra!—Os engañais noble extranjero, continuó aquí el solitario con una especie de santa vivacidad: olvidad lo que toca á mí, mas hay en el mundo y en el seno mismo de vuestra Europa, alguien en quien precisamente se cumple ese prodigio; en la Holanda, en una pequeña ciudad llamada Squidam, hay una virgen lamentablemente enferma, que vive hace muchos años sin beber ni comer nada absolutamente. Yo la conozco, pues he visto sus horrorosos sufrimientos, su incomparable paciencia, su conformidad y su semejanza con Jesús crucificado. Ah! si la conociéseis, no fijaríais la atención en un pobre pecador como yo!—Mas, objetó el Obispo, pues que hace diez y siete años á lo menos que os habeis ocultado en este desierto, es decir que ha diez y siete años á lo menos que no habeis sabido nada de esta admirable virgen, de la cual nos hablais, tal vez después de tan largo tiempo habrá sucumbido entre tantos dolores.—Nó, dijo el anacoreta con imponente autoridad: nó, no ha sucumbido, y su largo martirio dura aún! Yo la veo, continuó, y su rostro parecía entonces transfigurado: muchas veces la veo, la encuentro delante de Dios por una gracia que su Majestad concede á mi indignidad: mu-

chas veces llegamos ambos por el éxtasis y la contemplación hasta la mansión de la verdadera luz, para sentarnos allí en el mismo banquete. . . . Arrobadoras alegrías! embriagadoras delicias!» Aquí el solitario se detuvo.—«Es cierto, continuó, que hace algunos dias que no la encuentro en las divinas regiones; mas repito que no ha muerto.—Pues entonces, insinuó el Obispo ¿por qué no la encontrais ya en vuestros éxtasis?—A esta pregunta el solitario se contristó. Sólo Dios es perfecto, exclamó al fin, El sólo tiene una santidad sin sombras! Su Majestad ha retirado momentáneamente sus favores á la virgen Liduvina, por que ella se affige un poco inmoderadamente por la pérdida de algunos de sus parientes. Por lo demás, añadió el solitario, como para poner fin á una conversación que tal vez alarmaba su piedad, cuando volvais á vuestra patria, pasad, os conjuro, para vuestra edificación, y por la gloria de Dios, pasad por la Holanda, id á Squidam, visitad á la virgen crucificada, y entonces hacedle las preguntas que me habeis hecho á mí. Preguntadle cuantos años ha que vivo yo en este desierto, cuanto tiempo dilaté el proyecto de venir á él, bien que ningún ser humano haya podido decirle los obstáculos que han puesto dos años de intervalo entre el proyecto y la ejecución. Después preguntadle por qué yo no gozo más de la dicha de verla en la presencia de Dios, es decir, preguntadle si ha perdido en estos dias algunos de sus parientes, y si con tal motivo se ha entregado á excesivas desolaciones, y decidle que su hermano el solitario de la Tebáida, cree que por esas desolaciones, Dios para santificarla más, humillándola, le ha quitado sus favores. Adios hermanos míos viageros, orad por el pobre habitante del desierto!» Y cerró sobre sí la puerta de su celda.

Como puede muy bien comprenderse, el Obispo quiso saber el fin de esta maravillosa aventura. Antes de volver á Inglaterra, pasó por la Holanda, llegó á Squidam y se presentó á la virgen. A las dos primeras preguntas que le hizo, Liduvina al principio se excusó. Hija mia, le dijo el Prelado, la humildad estaría aquí fuera de su lugar; yo os pregunto á nombre de Dios, respondedme.—Muy bien, Monseñor, pues que es necesario, he aquí la respuesta que puedo dar á vuestra doble pregunta. Hace diez y nueve años que Gerardo formó el primer proyecto de escojer para ocultarse, los desiertos de Egipto, mas no hace mas que diez y siete que lo ejecutó. Aún no es esto todo, prosiguió el Obispo, vos teneis arrobamientos y en ellos os encontrais con el santo anacoreta en la presencia de Dios, no es cierto?—Sí, Monseñor.—Pues por qué no teneis ya esos arrobamientos? Por qué Gerardo no os encuentra ya en la divina luz?—Ah! Monseñor, qué es lo que me preguntais? Sí, es cierto, Gerardo no me vé ya en la luz de Dios: más él es bienaventurado! Nada detiene su vuelo á las celestes regiones, ni los ruidos, ni los intereses de este mundo, no tiene conversación mas que con los ángeles; no tiene mas recuerdos que los de los santos que han vivido en el desierto antes que él, y esto inflama más y más su celo. ¿Es poco admirable que él se eleve en las alturas de la contemplación y que yo me arrastre en la tierra, yo tan miserable, mezclada forzosamente á las miserias de la vida?—Mas Liduvina, no habeis tenido poco algunas peligrosas pruebas?—Sí, Monseñor: debo confesarlo, yo me he affigido y tal vez inmoderadamente de la pérdida de algunos parientes. Tal vez esta es una de las causas por las cuales Dios me ha retirado las dulces consolaciones que me daba.» Al oír esas pa-

labras, el Obispo se levantó lleno de admiración. «Liduvina, le dijo, doy gracias á Dios que me condujo al desierto y á Squidam: Gerardo es un santo y Dios hace en vos cosas admirables; mas bendita sea también vuestra humildad, porque vos teneis razón y Gerardo ya me lo había dicho. Vos estais muy desolada!»

El Obispo partió muy edificado y lleno de gozo, recomendándose vivamente á las oraciones de la virgen, y dejándole un dardo clavado en el corazón. En efecto, cuando estuvo sólo le vino á la memoria una palabra que la espantó. . . . palabra que ella misma había dicho sin reflexionar, mas que á sus ojos no podía venir mas que de el cielo, pues que Gerardo la había dicho. . . . «Vos estais desolada!»

A la luz de esa simple frase, como de un sólo golpe sus ojos se abrieron, la verdad se le mostró, y las criaturas desaparecieron, y Dios volvió á tomar su lugar como soberano Señor. Ya no se trataba mas de hermano, ni sobrina, ni de la aficción con motivo de los parientes. El amor de Dios puro y ardiente despertaba en su alma con toda su fuerza. Más digámoslo también: en vez de terminar las desolaciones de Liduvina, no hicieron mas que aumentarse. Su dolor purificado por los reproches de su amor, parecía encenderse mas, y viendo cómo la naturaleza vivía aún en ella, llegó á temer estar abandonada de Dios, y cayó en esas horribles angustias del alma que ningún padecimiento del cuerpo puede ni aliviar, ni igualar. «Ay! es cierto, exclamó luego que quedó sólo; Dios mio, es muy cierto que me he afligido con exceso! Desgraciada de mí! Yo he ofendido á mi Jesús! Por falta mia, entregándome á una culpable aficción, he perdido á mi Jesús y le he obligado á alejarse de mí; Dios mio! Dios mio! me habeis pues abandonado? Qué será en-

tonces de mí? La santa lloraba con toda la amargura de ese divino dolor, el más punzante que pueda imaginarse en un corazón abrasado de amor como el suyo. Pobre crucificada! Tierna mártir! Preciso era que conociera todas las lágrimas que pueden verterse aquí en la tierra. Había llorado tanto en su vida de tormentos! Y por qué causas no había ya vertido lágrimas sangrientas? había llorado tanto como el profeta rey, sobre sus propias miserias, había llorado como Jerenías, por los pecados de su pueblo, como Marta por la muerte de sus hermanos, como la Virgen María al pie de la cruz, por las inefables agonías del hombre Dios. Y ahora, como la penitente y amante Magdalena, llora por la pérdida de su salvador Jesús, pudiendo decir como ella: ¿En dónde está? En dónde le habeis ocultado? ¿Quién me volverá á mi Jesús, el bien amado de mi alma, Aquel sin el cual yo me siento morir?»

Es cierto que no le faltaban los humanos consuelos, pues muchas personas procuraban mitigar ese indecible dolor que parecía ir cada dia en aumento, por que creían que sólo se trataba de la muerte de Petronila. Venían con esta ocasión á visitarla, sacerdotes, religiosos y varias personas piadosas, y le decían: «¿por qué llorais tanto, Liduvina? ¿Por ventura es rio de lágrimas y esas desolaciones podrán hacer salir á vuestra sobrina del sepulcro? ¿En dónde está vuestra resignación? ¿No os acordais de lo que tantas veces nos habeis dicho, que debemos recibir del Señor las aficciones, así como recibimos de su mano los beneficios?» Mas todos esos consuelos no le volvían á Aquel por quien ella lloraba, no hacían mas que aumentar su dolor, eran como el oleo echado en el fuego, bajo pretexto de apagarle. «¡Ah, si supiérais, respon-

día, lo que he perdido! Sí, sí, me someto y acepto con todo mi corazón las separaciones y los sacrificios que Dios ha querido imponerme. Que todas las desgracias del mundo vengan aún á caer sobre mí, yo adoraré la mano divina que me habrá herido; más si pudiérais saber todo lo que he perdido, comprenderiais que no hago mal en lamentarme tanto.»

Una de esas personas sospechó al fin lo que pasaba. «Liduvina, le dijo, yo creo que bajo el incomprensible dolor que manifestais, hay alguna otra causa además del recuerdo de vuestra sobrina, algún misterio hay entre Dios y vuestra alma;» é hizo tantas instancias que Liduvina condescendió. «Pues bien! sea, mi amada Catarina, sabedlo. Lloro porque Dios se ha alejado de mí; porque con mis pecados le he obligado á ello. ¿Comprendeis la inmensidad de mi desgracia? Mis arrobamientos han cesado, qué digo? la comunión misma no me trae ya aquella dicha. No me queda mas de mi antiguo estado, que el poder meditar sin dificultad la vida y los dolores de Jesucristo, mas del mismo modo que la comunión, la meditación, es para mí sin dulzuras. La unción, el gusto interior, todo lo he perdido. Me parece que habito en otro mundo tan triste cuanto era bello aquel en el que yo vivía, este es lejano, árido y no encuentro en él más que amargura y hiel para apagar mi sed: Cuánto ha cambiado mi suerte! En otro tiempo veía á mi celestial Esposo, le hablaba, le oía; ahora estoy reducida á buscarle sobre el lecho de la cruz, y ni aun allí le encuentro! No tengo mucha razón de llorar, Catarina?». Catarina lloraba también al oír á la santa. Cómo no lo hubiera hecho? Aquel á quién la virgen lloraba no era el mismo cuyos tres dias de ausencia habían costado tantas lágrimas á José y á María? No era Aquel cuya gloria

había arrebatado tanto á San Pedro en el Tabor, que no quería ya bajar de allí? Aquel á quién los pueblos de la Judea seguían hasta los desiertos olvidando hasta el hambre al ver su hermosura? Aquel á cuyo nombre los mártires sonreían en los tormentos porque por él morían gustosos y alegres?

No nos fijamos á veces en ello; pero tal accidente ó desgracia, tal enfermedad que nos sobreviene, una sencilla palabra que nos dirigen, son cosas del Señor que de ese modo quiere hacernos una advertencia para atraernos á sí!

CAPITULO XXII.

LA VUELTA DE JESÚS.

El dia 2 de Julio.—Jesús viene y los ángeles con él.—Multiplícanse los gozos con las virtudes y las penas.—Consoladora aparición del venerable abuelo.—En dónde está vuestro rosari!—Pronto voy á morir!

HACÍA cinco meses que sentía Liduvina la privación de los celestiales favores, y esta prueba le había aprovechado, pues Dios hubo con ello de conseguir el fin misericordioso que se había propuesto. En la escuela de las divinas severidades, ya había aprendido Liduvina á triunfar de la naturaleza, á desdeñar los humanos consuelos, y también á ser mas perfectamente humilde, estando mas en guardia contra su propia fra-

gilidad. Su amor, sobre todo, había ganado admirablemente, pues al presente era un amor puro, serio y fuerte como lo es siempre el amor probado que se alimenta de privaciones y de lágrimas; amor que ya nada puede seducir ni horrorizar; que las dificultades aguijonean, que crece con los obstáculos y se une á Jesucristo con toda la violencia que se emplee en separarle; al presente la santa siente y comprende todo el precio de la presencia de su Amado, toda la desconfianza de que deberá armarse contra su propia debilidad para no exponerse á perderle cuando se le será devuelto. Y cómo le buscará con más cuidado! cómo le recibirá con más reconocimiento! Cómo le guardará con más atención y le guardará más empeño y miramientos á fin de que no piense jamás en dejarla!

El Señor, pues, iba á poner un término á las pruebas por las que había querido acabar de purificar á su amada sierva: la nube iba á desgarrarse, el sol iba á aparecer. Llegó el 2 de Julio, el día tan hermoso de la Visitación de la Santísima Virgen; Liduvina en la mañana, como todos los días, había derramado lágrimas de sangre á las que llamaba sus rosas: "Dios mío! le decía, ¿no he clamado ya bastante por vos? ¿No me volveréis algún día vuestra presencia? ¿O me habéis arrojado para siempre? Habéis olvidado vuestra compasiva bondad? ¿Vuestra ira detendrá aún el uso de vuestra misericordia? Tened compasión de mí! No tengo mas alimento que mis lágrimas, el hambre que siento de vuestra adorable presencia me consume: ¿cuándo, pues, me será dado parecer delante de vos?"

Al acabar de decir estas palabras, el cielo pareció abrirse sobre su aposento! . . . Y aquí los historiadores se detienen. Nada refieren, nada describen. "Era dicen, Jesús que volvía, que visitaba á la virgen como

en otro tiempo había visitado á Santa Isabel y á san Juan! Era el Esposo que se mostraba á la esposa, el Amado que consolaba á su fiel amante! Más qué fué lo que pasó en esta misteriosa entrevista? Qué esplendores contempló maravillada? Qué divinos abrazos le dió Jesús? . . . Ningún historiador se creyó digno de repetir lo que pudo haber sabido acerca de ello.

Mas todos refieren que después de esta visita, cuando los parientes entraron en el aposento, estaba hecho un paraíso, embalsamado; que la virgen poco había tan desolada, presentaba entonces un aspecto transfigurado, que se veía en su rostro un brillo de dicha celestial que herloseaba hasta sus llagas! "¿Qué es esto, exclamaban con trasporte, Liduvina, qué ha sucedido? ¿Por qué y de dónde vienen esos perfumes? Mas la virgen nada oía, y sólo cantaba en su interior un cántico á su Jesús.

Entonces observaron otro prodigio, pues aproximándose á ella para obtener una mirada ó una palabra, descubrieron que su respiración era la que embalsamaba la casa. "Por favor, Liduvina, habladnos! respondednos, oh sierva privilegiada de Jesucristo, decidnos lo que ha pasado ahora aquí."—"Dios lo sabe, respondió ella al fin: yo no sé mas que una cosa, y es que los hombres hacen muy mal en alabarme por que no soy mas que una pobre mujer harto frágil y miserable." Mas aunque la santa quiso ocultarse bajo el velo de la humildad, el milagro de su respiración embalsamada se supo muy pronto, y todos acudían de varias partes, queriendo ser testigos del prodigio aun permanente, todos parecían extasiarse ante ese cuerpo que no era mas que llagas y del cual no obstante se exhalaban, como de un vaso precioso, suavísimos perfumes.

Desde ese instante y durante los pocos años que tuvo aun que pasar en la tierra, la vida de Liduvina no fué mas que un canto de amor, un ímpetu de dicha y un encadenamiento de arrobadoras maravillas. Sus éxtasis le habían vuelto; su ángel venía muchas veces y la llevaba mas alto que antes á las divinas regiones. Sobre todo, disfrutaba mas copiosamente de los gozos eucarísticos. Cerca de su lecho se había preparado un altar en su aposento: y era esto una dicha indecible que la santa estimaba sobre todas las dichas! Todos los días un sacerdote, muy cerca de ella en este altar y en su presencia, celebraba los divinos misterios, y cada día Liduvina como una amante más y más sedienta de la posesión del Esposo, se unía á él en los transportes de una comunión que hubieran envidiado los serafines.

Su alma al mismo tiempo se coronaba con una aureola de santidad cada día más deslumbrante. La experiencia había dado á su humildad ese no sé qué de incomparable y acabado, esa delicada desconfianza, ese heroísmo de abnegación que sólo la experiencia ayudada de la gracia puede comunicar. La comunión hacía todo el resto, pues ante sus divinos ardores, la resignación, la paciencia, el gozo en los tormentos, la santa indiferencia para toda tristeza ó consuelo, ibanse trocando en oro puro. Su caridad se ensanchaba hasta lo infinito, pues los pobres, los enfermos, los pecadores, las almas del purgatorio y todos los desgraciados, hallaban en su corazón tesoros de celo y abnegación hasta entonces desconocidos.

Una vez dijo Liduvina, que por convertir una sólo alma se tendría por dichosa en padecer hasta el fin del mundo los mas terribles tormentos: entonces su ángel le preguntó, si habiendo padecido tanto, por

más de treinta y cinco años, tendría todavía valor para seguir padeciendo, y no por convertir sino simplemente para arrancar de las llamas una sola alma asegurándola de su salvación!—"Hasta el fin de mi vida, y tanto cuanto fuese necesario, hermano ángel," respondió la santa, y el ángel le aseguró que sus sufrimientos se multiplicarían hasta el fin, pero que después estaría en el cielo como una reina, rodeada de todos aquellos á quienes había libertado.

Y en realidad sus sufrimientos parecían multiplicarse como sus gozos espirituales, como todas sus virtudes y su caridad; las antiguas enfermedades aumentaban y aparecían otras nuevas. Los médicos han afirmado que no dejó de tener ninguna de las enfermedades conocidas y compatibles con su estado de santidad. Fué acometida, por ejemplo, de ataques de aplopegía, y aun esto era poco: pues un día dijo á las mujeres que hacían cerca de ella con tanta dicha el oficio de enfermeras: "Hermanas mías, esta noche velaréis, no es así, sobre todos mis movimientos?—Y por qué es esta recomendación? preguntaron.—Porque esta noche, continuó la virgen sin la menor emoción, debo ser atacada de epilepsía.—De epilepsía, Liduvina! Oh cielos! qué habéis dicho? También la epilepsía, ese mal tan terrible y espantoso? Mas Liduvina, ya tenéis muchos males horribles sin éste! poneos en oración y suplicad á Dios que le aparte de vos!—Bien me guardaré de hacerlo! respondió la santa; Dios es un buen Padre cuyos juicios adoro, y si su Majestad me hiere, es porque me ama!" En efecto, la noche siguiente sufrió tres violentas crisis de epilepsía.

Entre tanto, un nuevo cáncer se le iba formando en el pecho, devorando las carnes hasta descubrirse los huesos. En el cerebro sentía un aumento de dolores

tan atroces, que unos martillazos no le hubieran ocasionado semejantes tormentos, los ojos se debilitaban más y más, los dientes quebrantados con tantos sufrimientos, se caían á pedazos. Era un espectáculo horroroso! Aquel delicado cuerpo agotándose convulsivamente, los dientes quebrados chocándose unos con otros, los ojos casi apagados despidiendo lágrimas sanguinolentas; el fuerte grito de Jesús moribundo se exhalaba del pecho desgarrado como un extertor de agonía, y toda esta semejanza con el divino Crucificado se manifestaba ostensiblemente por los estigmas de las llagas entonces visibles, é indeciblemente dolorosos.

Mas también, y á medida que las llagas de todas clases se multiplicaban, el prodigio que ya hemos dicho se hacía mas notable. En lo más fuerte del invierno se exhalaba de aquel cuerpo virginal, al menor movimiento de alguno de sus miembros ó simplemente de los lienzos que cubrían su miserable lecho, un perfume de violetas ó lirios ó de rosas, un suave perfume semejante al de las más olorosas flores; todos acudían y se acercaban más que antes al derredor de aquel lecho que Dios glorificaba con tantos prodigios, parecía que sospechaban en todos esos favores del cielo cada dia mas frecuentes y variados, como una especie de presagio que anunciaba el fin próximo de la santa, y apresurábanse á aprovecharse de la tarde de tan hermoso dia.

En efecto, el fin de tan preciosa vida iba acercándose; y si Dios retardaba el momento era sólo por condescender con los gozos y las necesidades de las almas que sitiaban el lecho de su amada y santa esposa, y también quería su Magestad, por un favor que debía fortificarla, alentarla á una generosa espera de aque-

lla hora que era el objeto de todos sus más ardientes votos.

En uno de los numerosos arrobamientos con que Dios la honraba en esta época, había sido llevada á las regiones del cielo, y al llegar cerca de la eterna morada, vió tres puertas por las que era preciso pasar sucesivamente, no sólo para penetrar en la mansión de todas las delicias, sino para encontrar allí un lugar seguro y vivir sin temor de volver jamás á salir.

La primera y segunda puerta las pasó sin obstáculo; mas en el umbral de la tercera, detúvose como á pesar suyo un momento deslumbrada. . . . Qué oleadas de brillante luz le llegaban de todas partes! Qué esplendor, qué incomparable magnificencia vislumbraba! . . . Iba ya á pasar la tercera, que la separaba de tanta felicidad, cuando se siente retenida y como encadenada en el umbral por un nuevo espectáculo de indecible emoción. Es su abuelo que se presenta á su vista, el santo anciano que hemos admirado en las primeras páginas de este libro, es él! Cuán hermoso aparece con esa belleza que le ha dado el cielo! La santa lo vé, él se acerca, extiende los brazos como para abrazarla: ya está con ella. . . . Liduvina se halla sobre su corazón. . . . "Ah! vos venís, exclama, mi venerable padre, venís á introducirme en el paraíso de los escogidos donde habitáis? Apresurémonos, pues, llevadme!" El bienaventurado patriarca la estrecha con amor, la mira y le sonrió como saben sonreír los amados de Dios; mas no la atrae, antes la rechaza! "Oh amada hija mia, le dice: no debó introducirte el dia de hoy en la morada del eterno reposo; es cierto que estos gozos, esta gloria y las felicidades que ahora entreves, serán un dia tu herencia; mas no ha llegado todavía el momento, es preciso aún por algún tiempo

resignarte á lo que los hombres llaman la vida, y no lo sientas, antes regocíjate; porque así aumentarás el tesoro de tus méritos, hermosearás la corona que te está reservada con tus sufrimientos, convertirás á los pecadores, libertarás á las almas del purgatorio y darás mucha gloria á tu Dios y Señor. . . . Sí, anda hija mía, vuelve á los dolores de tu peregrinación, y cuando tu tarea habrá concluido, volverás aquí mas rica y mas gloriosa y gozarás con nosotros perpetuamente en la bienaventuranza."

Vuelta la virgen de ese dulce arrobamiento, y repasando en su memoria lo que había visto y oído, experimentó tal dicha, que el lenguaje humano no sabría expresarlo; eran todas las delicias de la esperanza y de la abnegación, del triunfo y de la inmoción, del amor que goza y del amor que padece. Liduvina exclamaba y repetía mil veces: "Sí, Dios mio, el veros y poseeros, el entrar sin retardo en la eternidad de vuestro paraíso, es una necesidad que me consume y me devora! Pero más vale mil veces vuestra gloria, oh Dios mio! hágase vuestra adorable voluntad! Dejarme en el dolor por tanto y tan largo tiempo como quisiéreis; yo esperaré dichosa y resignada el instante de la muerte, que debe ser para mí la aurora de la vida."

Por lo demás, Liduvina conocía bien el momento que iba á poner término á sus pruebas, y si no hablaba de él con claridad, pronto dirémos el por qué; mas sabía perfectamente el dia, la hora y las circunstancias de su muerte, y mas de una vez lo dió á entender á las personas á quienes profesaba un particular afecto.

Así, muchos años antes de la época á que hemos llegado, Liduvina había referido á su confesor y á sus fieles compañeras una admirable visión que de tiempo

en tiempo se renovaba. "He visto, les decía, un árbol lleno de botones y de rosas; un árbol pequeño y delgado; mas con la ayuda de Dios se vá haciendo más fuerte y vá creciendo. Ojalá y muy pronto llegue á toda su florecencia!—Y qué significa ese árbol, le preguntaban.—Ah! es el emblema de mi vida, porque mi ángel me ha dicho: el árbol tan débil que aquí miras, es necesario que se eleve robusto y lleno de hermosura: los botones cerrados es preciso que se truequen en magníficas rosas! y entonces, tan sólo, añadió, concluirá tu cautiverio en la tierra." Desde entonces varias veces las piadosas mujeres preguntaban á la virgen: "¿En qué estado se halla vuestro rosal? ¿comienzan ya á abrirse todas sus flores?—Ay de mí! respondía Liduvina, ahora se haya muy mal, orad por mí!" Mas en la época de que hablamos, en los primeros dias del año de 1433 cuando le hicieron la misma pregunta, respondió: "Sí, gracias á la bondad de Dios, esta vez el árbol ha llegado á su altura, y sus rosas todas están abiertas. . . . y así pronto moriré. En el mismo tiempo, y á principios de Enero de 1433, un dia se hablaba en su presencia de la solemnidad de la Pascua que en ese año caía el nueve de Abril. "Ah! dijo Liduvina, en ese domingo de Pascuas, y en el lunes y martes, qué dolores tan crueles se me esperan! Mas qué importa! añadía con una sonrisa del cielo, esos dolores no durarán mucho, y después podré cantar un gozoso aleluya!" y las mismas palabras repitió muchas veces durante los tres meses siguientes.

Liduvina llegó hasta declarar á algunas personas de confianza, que en el tiempo pascual moriría, mas siempre sin querer precisar el dia ni la hora; y como le preguntasen si haría Dios algunos milagros en su muerte, nó, nó, respondió; no los hará el Señor, pues

es un gran mal que algunas almas sencillas esperen verme morir de un modo maravilloso; en cuanto á lo que sucederá después de mi muerte, Dios lo sabe, mas yo no tengo deseo de escudriñarlo, ni menos de publicarlo. Yo no soy más que un instrumento entre sus manos, que haga de mí lo que le agrade." Después se puso á disponer lo que convenia á su sepultura y funerales; ningún detalle se le escapó. "Sobre todo, añadió, sepultad mi cuerpo sin dilación, y pues Dios ha querido que desde hace treinta y tres años no haya tocado la tierra desnuda, os suplico que me continueis este favor haciendo que descanse sin tocarla."

Cada día y á cada hora, damos un paso más hácia la muerte, que tal vez no está distante. Véamos si en nosotros, como en Liduvina, se echa de ver la aproximación del instante decisivo por una vida más perfumada con la pureza, la humildad, la santa paciencia y la generosa caridad.

CAPITULO XXIII.

ADMIRABLE MUERTE.

Liduvina pide perdón.—Acércase su hora.—Jesucristo le dá la Extrema-Unción.—Déjale un prodigioso crucifijo.—Su agonía.—El sobrinito Bodino corre á la iglesia.—Ha muerto!—Véamos sus manos!

EN efecto, la hora de Liduvina iba á sonar bien pronto, y ya se hacían en el cielo los preparativos de

sus bodas virginales, á las cuales la santa se disponía con todo fervor.

Un día hizo venir cerca de su lecho á sus parientes, á las mujeres que la servían y á todos los que habian vivido cerca de ella. "Yo os he llamado, les dijo, por que siento la necesidad de pedir os perdón á nombre de Jesucristo, que tanto os ha amado, á nombre de vuestro amor por Jesucristo, perdonadme os lo ruego, todas las penas que he podido causaros. . . ." Un grito unánime le impidió continuar. "A nosotros nos toca pedirte perdón, Liduvina, decia cada uno de los asistentes: nosotros somos los que debemos humillarnos y pedir oslo, nosotros que muchas veces quizá hemos tenido la desgracia de contristaros, siendo vos tan buena y tan amable! Perdonadnos pues! Y cuando estuvieréis delante de Dios en los gozos de su eterno reino, acordaos de nosotros y asistidnos en nuestras miserias!" Todos se derretían en lágrimas, y no podía ser de otra suerte; y antes aquel dolor hubiera sido mas grande si hubiesen sabido cuán próxima estaba la separación! Mas nadie lo sospechaba, todos se hacían ilusión y vacilaban entre el temor y la esperanza, y era precisamente porque la santa no decia nada, ni del peligro de su estado, ni del día de su muerte.

Mas expliquémonos: al guardar Liduvina ese silencio se proponía dos cosas, la una, era evitar en la hora suprema un concurso de gentes que turbarían su recogimiento y alarmarían su humildad; la otra: el morir sóla y abandonada sin más asistencia que la de Jesucristo á fin de asemejarse más, imitando mejor su divina crucifixión.

Por fin, llegó el día de Pascua, y como de ordinario, mucho tiempo antes de los primeros rayos de ese hermoso día, la virgen se había puesto en oración. Mas